

Número suelto, 10 céntimos.

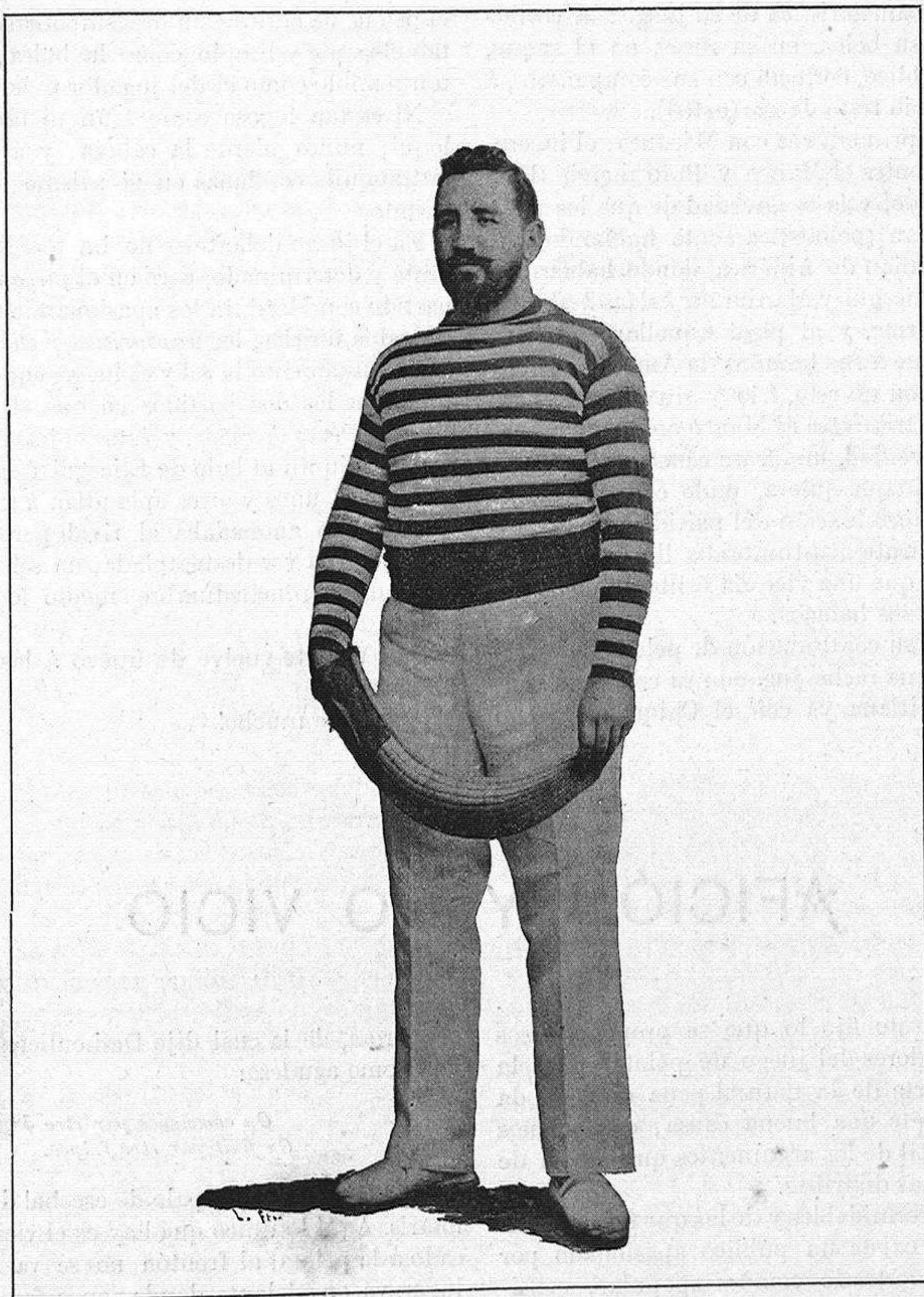


Director, B. MARIANO ANDRADE.

Año I.

Madrid, 7 de Diciembre de 1893.

Número 10.



VICENTE ELICEGUI.

NUESTRO RETRATO.

Vicente Elicegui.

Fué hace unos años el coloso de los frontones; después, cansado de la lucha, desapareció de ellos como por ensalmo, y hoy vuelve de nuevo á la pelea con más bríos que nunca, sin haber perdido un solo átomo de su maestría y de su elegancia, y aun, á la cuenta, con más recursos y mayor habilidad.

Nunca se me ha ocurrido llamar á Muchacho D. Saturnino, ni á Irún D. José, ni á Beloqui D. Román; pero al tratarse de Elicegui, se me escapa de los labios un *Don Vicente* como una casa. Y D. Vicente digo cuando le aplaudo; y ¡ah, D. Vicente! con admiración, cuando á sus pifias acompaña un correctísimo gesto de impaciencia.

Esta es la nota característica de su juego: la corrección. Correcto en su bolea, en su revés, en el saque, correcto con el público, correcto con sus compañeros, á quienes de ordinario trata de *zuc* (usted).

Le vi jugar por primera vez con Mardura, el incomparable zaguero, contra el Manco y Brau menor (Eustaquio). El partido ofrecía la novedad de que los pelotaris no se conocían (pelotísticamente hablando). El Manco y Brau venían de América, donde habían cobrado el barato; Elicegui y Mardura *se habían hecho* durante aquel invierno, y al pisar aquellas tierras se encontraron con que á sus hazañas de América contestaban en España con un reto, frío y sin alardes, pero serio y decidido. Atribúyese al Manco en aquella ocasión, no sé si con verdad, una frase cáustica para Elicegui. Sea de ello lo que quiera, pudo convencerse el de Villabona, á la terminación del partido, que el escarpulario que D. Vicente acostumbraba llevar al cuello no fué obstáculo á que una victoria brillante como pocas le mimara con sus halagos.

Este triunfo fué su confirmación de pelotari de primera. Á él siguió una racha, jugando ya con Brau contra la pareja azpeitiana, ya con el Chiquito, ya con Samperio.

Contendió en Durango contra el rey de los pelotaris y le venció, como antes el Vergarés; pero fué vencido por dos veces consecutivas por Mardura y una por el Manco.

Como casi todos los grandes pelotaris, atravesó el *charco*. En Buenos Aires hizo proezas, y entre ellas se señala con piedra blanca, el colosal partido, la titánica lucha que, acompañado de Samperio, mantuvo contra Portal, Mardura y un tercer pelotari de primera fila, que no recuerdo en este momento.

Su juego es, como he dicho, correctísimo. Posee todos los recursos, pero refinados, si vale la palabra. La bolea, exclusivamente de muñeca, es oro fino; apenas encesta la pelota, da el revés sin descomponerse, y su revés-aire, tan elegante y limpio como la bolea, tiene un toque tan temible como el del jugador más forzado.

Ni es tan fogoso como Irún ni tan frío como Beloquí; nunca pierde la cabeza, y á su serenidad, á la tranquila confianza en sí mismo debe más de un triunfo.

En el juego delantero no ha tenido un rival constante y determinado; pero en el *juego de pelota* ha compartido con Mardura los apasionamientos del público. No cabía unirlos; los *marduristas* y *eliceguistas* se negaban mutuamente la sal y el fuego; aquéllos recordaban con sorna los dos partidos en que el *Ferrocarril* venciera al *Brazo de cañón*, y éstos objetaban que Mardura era un miquín al lado de Elicegui á igualdad de compañeros. Y unos y otros aplaudían á rabiarse á su favorito cuando anonadaba al rival; pero ¡vive Dios! sin que una sola voz destemplada, un solo insulto, saliera de aquella muchedumbre medio loca de puro frenética.

Don Vicente vuelve de nuevo á las canchas, y con fortuna.

¡Que dure mucho!

AFICIÓN Y NO VICIO.

No sabemos á punto fijo lo que se proponen esos constantes denigradores del juego de pelota; pero la verdad es que, aparte de la natural pena que nos da el ver que se combate una buena causa, consuélanos grandemente lo fútil de los argumentos que sirven de base á sus tremendas diatribas.

Una de las más formidables y de las que más repiten es la de negar que existe un público apasionado por este viril juego, mostrarlo como impopular, considerarlo como una manifestación más de esa pasión

asquerosa, de la cual dijo Deshoulières con tanta verdad como agudeza:

*On commence par etre dupe,
On finit par etre fripon.*

¡Qué afición ni qué palo de escoba! dicen los antipelotaris. Aquí lo único que hay es el vicio de jugar aplicado á la pelota: al frontón no se va á ver, se va á jugar; ya, en adelante, donde ponga *frontones* debe leerse *garitos!*.....

Y así por este corte y señal, siguen *haciendo frases* más ó menos gráficas é ingeniosas, pero que todas encierran la misma idea y persiguen iguales fines. ¿Cuáles son éstos? ¿Es el ideal purísimo de ennoblecer á la humanidad apartándole del espantoso precipicio que se abren por sí mismas las generaciones viciosas? ¿Son otros fines igualmente elevados y nobles?

No seremos nosotros, curioso y discretísimo lector, quienes contestemos á tales preguntas, ni tu buen juicio lo ha menester, ni estamos nosotros en humor para ello.

Dando, pues, de mano á esos argumentos *ad hominem*, de los cuales acaso resultase que estos severísimos Catones eran imperdonables tiradores de la oreja de Jorge, pasemos á hacer breves y ceñidas consideraciones, que bastarán á poner en claro nuestro aserto.

Lo primero que salta á la vista á quien se proponga este problema, es, si sólo por la pasión del juego acude el público á los frontones, ¿cómo se explica que no apuesten más que una ínfima minoría? ¿Á qué van entonces los demás?

Y no se diga que es exagerado el afirmar que sólo una parte pequeñísima del público toma parte en las apuestas, porque, exceptuando á los que ocupan las primeras filas de sillas, y si se quiere, la delantera de tendido, en el resto de las localidades apenas si se hacen traviesas.

Lo que sucede es una cosa, ó mejor dicho dos: primera, que en los frontones, como en todas partes, alborota más uno chillando que cien callando, y el espectador novato toma por todo el público al público chillón, olvidándose del público silencioso; y segunda, que generalmente los que apuestan, no hacen una sola traviesa, sino varias, por lo cual, entre pocos apostadores, pueden hacerse muchísimas apuestas, y tener en jaque y en grito, durante todo el partido, á innumerables corredores.

Además, aun dado y no concedido que la mayoría del público apueste, decimos que esto sólo no bastaría á probar que á los frontones se va por puro vicio, como quieren los detractores del noble y viril *sport* vasco.

Porque, al fin y al cabo, los que apuestan lo hacen por la firme persuasión de que sus favoritos son superiores en fuerza ó en habilidad, y tal es su confianza, que por ella no temen arriesgar el dinero, pudiendo mucho más en ellos (con raras y lamentables excepciones) el entusiasmo que la codicia.

¿Negaremos por eso nosotros que de los frontones se abuse como se abusa de todas las cosas? ¿Ignoramos, acaso, que á ellos acude una pandilla de especuladores á quienes importa un ardite el espectáculo, y que se proponen sólo hacer su negocio?.....

De ningún modo; lejos de eso, nosotros somos los primeros en protestar contra tan repugnante abuso; pero nos guardaremos muy bien de extender las censuras á todo el público, y ni siquiera á todos los que apuestan....

El que haya asistido á los frontones con alguna asiduidad, podrá apreciar bien la diferencia entre los que apuestan por afición y los que lo hacen por mero lucro; entre los verdaderos inteligentes y los especuladores de profesión.

Nosotros no entraremos aquí á discutir las intenciones que cada uno lleve al ir á presenciar los partidos de pelota, ni si éstas son más puras en el público que asiste á las corridas. Siempre las comparaciones resultan odiosas; pero si á ello se nos forzase, no nos será difícil sostener el parangón del *sport* vascongado con otro cualquiera, sin que por esto neguemos que de él hayan abusado y abusen unos cuantos.

Pero de aquí á proclamar que es sólo el vicio lo que llena nuestros frontones, y que á ellos no acude la afición, va una distancia infinita, tanta como la que media entre la verdad evidente y el absurdo manifiesto.

L. P. P.

CRÓNICA SEMANAL.

El Director y cronista de este periódico, agobiado por múltiples ocupaciones, ha abdicado en mí esa segunda función que él ejercía con su reconocida competencia y recto y sano criterio; y como esa abdicación va acompañada de mandato imperativo, y aquí quien manda manda y cartuchera en el cañón, recojo la herencia, aunque no definitivamente, y pidiendo de antemano al Senado perdón por mis muchas faltas, pongo el paño al púlpito, invoco como texto el principio de *Suum cuique*, y comienzo.

Día 30.

Irún y Mardura (colorados), contra *Elicegui y Echeveste (azules)*.

Una victoria más para Elicegui y un palo más para la cátedra, que olvidándose de la buena estrella del renteriano, se pronunció contra él, dando un momio de 40 á 27.

Salió por delante Irún con pequeña ventaja, igualá-

ronse á 14, y desde aquí comenzó á adelantar Vicente, hasta llegar holgadamente á los 50, mientras los colorados se apuntaban 41.

El partido no ofreció grandes lances.

El invencible de la temporada lució su juego majestuoso, su toque limpio, elegante y fuerte, su seguridad y su resistencia. Juan José no hizo milagros; salvo algunas rápidas cortadas, que no pudo contestar su rival por imposibilidad física, logró hacer muy pocos tantos en su terreno, y en cambio perdió bastantes. Los zagüeros bien; Mardura devolviendo, y Echeveste apretando, cubrieron ambos muy bien sus puestos.

Día 1.º

Irún y Navarrete (colorados), contra *Portal y el Zurdo de Abando (azules)*.

Eran muy justas las vacilaciones de la cátedra antes de empezar el partido, y visto el resultado de éste, sigo

creyendo que si otra vez se concertase, volvería á salir el dinero á la par.

Se apuntó los cuatro primeros tantos el de Irura, con lo cual el dinero se puso resueltamente de su parte: igualáronse por primera vez á 5, luego á 9, á 10, á 11, á 14 y á 15, y por fin, el bravo Irún consiguió sacar una ventaja que mantuvo durante todo el partido, aunque sin pasar nunca de 6 tantos. Hubo un instante en que los sabios volvieron á temblar: aquél en que los azules hicieron cuatro tantos seguidos, poniéndose en 37 por 39, y un fallo muy discutido de los jueces les quitó el 38. Portal estorbó á Irún, mejor dicho, Irún *se estorbó* con Portal, y fué vuelta. Vencieron los colorados, dejando á los azules en 47.

Juan José estuvo desde el primero al último tanto como en sus mejores tiempos, y con esto queda hecho su mayor elogio, porque esto es llamarle la fiera, el león, el coloso; renovar todo el diccionario de epítetos de que Irún disfrutó la exclusiva hace dos años.—Navarrete, como en sus buenos días, que es también el mayor elogio que puedo hacer de ese zaguero inimitable, que si faltara quien yo me sé (y ustedes también) sería el número uno.—Portal, regular, nada más que regular, y en gran parte del partido ni tanto: *aliquando bonus*.... Homero cabeceó una siestecilla.

Y ahora déjenme ustedes manos para aplaudir y voz para ensalzar á Enrique Artaraz, el atlante del partido. En los últimos cuadros, á bolea, á bolea fina y limpia, defendiéndose contra el empuje de Irún y Navarrete, siempre en su puesto, trabajando siempre, pegando de firme cuando podía, y cuando no llegando á buena pelotas imposibles de volver, metiéndose delante á luchar con Irún y ganándole cuatro tantos seguidos de cuatro cortadas al rincón más grandes que las pirámides de Egipto, restando á buena, caído en el suelo en postura inverosímil.... Aquello fué hermoso, fué grande, y grande también la ovación que le tributó el público, lanzándose á la cancha á aplaudirle, mientras él jadeaba tumbado en la losa. Así se conquistan los públicos; así se puede llegar á oír esta frase inverosímil, que es el mayor premio de un pelotari: «Contigo se pueden perder 50 duros á gusto.»

¡Y que cualidades tan hermosas y jugador tan bueno no puedan lucir lo que valen en su verdadero terreno de delantero por falta de zaguero! ¡Tandilero, Cosme.... á curarse, que Gamborena y el Zurdo nos hacen falta en los primeros cuadros!

Día 2.

Mondragón y Chiquito de Abando (colorados), contra Arana, Chiquito de Ondárroa y Navarrete (azules).

A 1 iguales, ventaja de los tres, 19×5 , 25×13 , 40×20 , 50×35 . Y desde los primeros tantos el dinero por los azules 40 á 4.

Y no podía ser de otro modo, aunque intendentes y frailes descalzos digan lo contrario. Suponer que el Chiquito de Abando, coloso y todo, pueda luchar solo contra esa triple alianza..... ¡Hay que fijarse bien! Arana, ágil, fuerte, buen saque, gran revés; el Chiquito de

Ondárroa, un jugador completo, que corta un pelo en el aire; Navarrete, el gran zaguero.... Y contra estas tres potencias dan al Chiquito por aliado á un jugador débil, Mondragón. Quien no viera el partido se haría cruces al ver que el Chiquito había podido llegar á los 35. Téngase en cuenta que Navarrete no hizo nada, lo que se llama nada; restar para llegar á buena las que se le pasaban al de Ondárroa (habas contadas). Éste y Arana se ensañaron con Mondragón, que hizo lo que pudo, y no mereció, á mi ver, las demostraciones de.... entusiasmo que le prodigó el público.

El de Abando.... bien, demasiado bien.

Día 4.

Elicegui y Navarrete (azules), contra Gamborena y Zurdo de Abando (colorados).

No tengo por temeridad el que la cátedra diera mormio por los azules, y, sin embargo, los azules se quedaron en 31 tantos.

Fuera falta de táctica, fuera la negra honrilla que obliga á todo delantero á luchar en su terreno contra otro delantero, ello fué que Elicegui cometió la pifia de meterse con Gamborena, que ágil, fresco, inteligente y travieso, le derrotó completamente, consiguiendo sacar una ventaja de 11 tantos (30×19). Vicente trató de enmendar su error, y empezó á cargar toda la potencia de su juego de revés sobre el Zurdo, á quien consiguió rendir, pero ya era tarde, y hubo de contentarse con oír los aplausos que se otorgaron á sus esfuerzos.

Día 5.

Machín y Chiquito de Abando (colorados), contra Gamborena y Navarrete (azules).

Hermosísimo partido y hermosísima victoria la conseguida por los dos rapaces (en estatura), contra los dos vizcaínos. Con decir que el tanteador marcó 14×4 , y el dinero estuvo á 100 contra 10 por los colorados....

En la primera mitad del partido era absoluta la superioridad de éstos. El Chiquito pegaba de firme; Machín se batía como un bravo en los primeros cuadros, logrando ganar varios tantos á Gamborena; éste veía pasar la pelota por encima de su cabeza sin poder entrar; Navarrete entraba con miedo y perdía la mayor parte de los tantos de puro desconcertado. En esto, entró el de Rentería en juego bajándose al 9 á devolver, á revés-aire, los proyectiles del de Abando; se aseguró su zaguero afinando la puntería para atrasar la pelota por elevación, y se igualaron á 32 por primera vez, y luego á 36, 37, 38, 39 y 40, y quedaron los colorados en 44.

El héroe de la tarde fué Gamborena, Gamborena el grande, el gran Gamborena.

El Chiquito hizo lo que pudo (que no es poco), y los demás también. Un soberbio partido para los *amateurs* y los momistas. Un nuevo descalabro para la cátedra. Y van....

BETIGOSE.

MADRID PELOTARI.

ADOLFO DE ALTÚNEZ CARMONA (ADOLFITO).

Datos biográficos.—Su retrato.—Decídese á abrazar el «sport» vasco.—Enumeración de las prendas de su «toilette» pelotari.—Sus primeros pasos.—Un gran partido, etc., etc., etc.

Uno de los principales deberes de EL PELOTARI es dar á conocer al público aficionado aquellos jugadores de pelota que, sin ser de primera fila, descubren grandes aptitudes para el manejo de la cesta; y consecuentes con nuestros propósitos, me toca hoy á mí, su más humilde redactor, escribir algunos renglones sobre un jugador que hace concebir grandes esperanzas, y que quizás mañana dé mucho que hacer. Me refiero á Adolfo de Altúnez, conocido por *Adolfito* entre sus íntimos.

Nació este esforzado pelotari en San Sebastián (Guipúzcoa-Vascongadas), el día 28 de Agosto de 1871, siendo sus padres el Excmo. Sr. D. Vicente de Altúnez y D.^a Paula de Carmona, Marqueses de Frijol.

Ya en sus más tiernos años descubrió nuestro biografiado asombrosas aptitudes y decidida afición para el noble y viril juego de pelota. Testigo las bien amuebladas habitaciones de casa de sus padres, que algún recuerdo guardan de aquellas aficiones. ¿Recibió nuestro Adolfo algunos azotes de los autores de sus días por abandonar sus estudios para dedicarse á la pelota? No. Hay poderosas razones para creer que nuestro biografiado no recibió azotes, y entre ellas existe la de que, ya zagal de quince años, también abandonó sus estudios para dedicarse á aficiones de otro género, sin que los señores Marqueses de Frijol dijeran una palabra.

Aquí existe una laguna en la historia de nuestro biografiado; marchóse al extranjero con objeto de ilustrarse y aprender lenguas, y volvió á Madrid cuando el *Jai-Alai* estaba en moda y las señoras elegían *toilettes* para los partidos como para las carreras y los toros. Adolfo presenció un partido y sintió de pronto renacer el germen de pelotari que en él existía.

Es un joven de veintidós años, flacucho y muy alto; nótese en él gran desproporción entre el tronco y las piernas—dato importantísimo para un pelotari de quien nunca podrían decir que tiene pocas piernas, entendiéndolo pocas por pequeñas, pues, según mi humilde opinión, todos los pelotaris tienen dos, ni más ni menos. El que haya pelotaris de quienes cueste creer no tengan cuatro, no prueba nada.—Sus ojos no tienen nada de particular, salvo que ven poco y mal; pero tal vez alguien descubra que son rutilantes ó tienen tintes leonados, que á los ojos de los grandes hombres siempre les pasan cosas raras. Su nariz es borbónica y el bigote pequeño y rizado á tenacilla: su cuello es excesivamente largo, tiene nuez y usa lentes.

Decidido á sentar plaza de pelotari, dió sus órdenes, y al día siguiente en su cuarto tocador había las prendas siguientes:

Una enorme boina azul con forro de seda;

Varias camisas de franela con artísticos bordados, y un bolsillito para el reloj, con la corona de Marqués bordada en rojo;

Varias camisetas rayadas;

Pantalones de hilo;

Alpargatas blancas, y

Un cinturón de vivos colores con hebillas plateadas.

Revisó las prendas. La boina no le sentaba mal; después de varios ensayos ante el espejo, se la puso como cierto día había observado la llevaba el maestro Beloqui, muy echada adelante, con dos plieguecitos á los lados, y quedó bastante satisfecho....

Las primeras veces que nuestro pelotari, cesta en mano (magnífica cesta, por cierto, traída expresamente de San Juan de Luz), se encontró en medio de la cancha, ocurrióle una cosa muy rara: ¡no veía la pelota! Hasta que cayó en la cuenta de que la pelota era usada. Pidió una nueva al encargado del frontón, que servíale solícito y poníale unas cuentas enormes, y la vió lo mismo, ó poco más, y después de dar una porción de carreras y saltos, de tropezar y caerse varias veces, consiguió el esforzado mancebo enganchar una pelota y lanzarla al tendido, hiriendo á un pillete que, comiendo cacahuets tostados, contemplaba sus proezas. El granuja se retiró con un ojo hinchado, murmurando una frase mal sonante y ofensiva, frase que la pluma del escritor, si es honrado, debe omitir.

Desde entonces, nuestro pelotari probó jugar con lentes. Ocurriale entonces que el sudor inundaba á los primeros tantos la base de su borbónica nariz, y como no se apañaba para sujetar *los lentes* con la izquierda y jugar con la derecha, decidió, después de maduras meditaciones en las soledades de su cuarto, jugar con gafas, dándose así el caso estupendo de suspenderse á última hora un partido, no por la luz ni por falta de cestas, sino por falta de gafas.

Por aquel tiempo fué cuando, cierta mañana, despertóme en lo mejor de mi sueño, á las seis de la mañana, nuestro biografiado, que, muy puesto de boina y cesta, me venía á invitar á un partido en que jugaba él en San Francisco.

A la puerta de mi casa nos esperaba su coche, que nos trasladó al frontón en un periquete, y allí armóse Adolfo de punta en blanco, y comenzó el partido.

Era la combinación de aquel día *Adolfito* y un jovencito de trece años apodado *Beloqui* menor, contra *Tandilerito* y el *Chiquito* de *Arlabán*, niños también de trece á quince años, y jugadores de cartel en San Francisco, con quienes nuestro biografiado jugaba muy á menudo pagando el alquiler del frontón, los refrescos y alguna que otra propineja.

Cinco tantos seguidos hizo el bando de *Adolfito* sin que nuestro pelotari diera un pelotazo, lo que me hizo sospechar se reservaba para los últimos tantos.

El tanto 6 lo perdió *Adolfito* de una magnífica bolea que no dió, lo cual explicaba el jugador satisfactoria-

mente, dada la humedad del suelo (tres días antes había llovido bastante); pero donde estuvo magnífico Adolfo fue en el tanto 9. Sacó un magnífico saque raso, cuatro ó cinco metros encima de la falta, lo levantó el Chiquito de Arlabán, y, entrando furiosamente Adolfo, lo ganó con una colosal larga al 8, que pifó el contrario.

Varios individuos, no bien trajeados, que presenciaban el partido, aplaudieron entusiasmados. Nuestro biografiado tiene el defecto (si defecto puede llamarse), de asustarse del público, y sin duda nació en su esforzado pecho la sospecha de que los que aplaudían trataban de tomarle el pelo. Sacó é hizo falta; la sospecha que ya anteriormente comenzó á iniciarse, convirtiéndose en certidumbre; aquella gentuza se burlaba de él. Y si no, ¿á qué venían aquellos aplausos inmotivados, aquel reírse, y, sobre todo, qué quería decir aquel *guasón* adjetivo con que á cada paso le obsequiaban?

Desde entonces nuestro jugador no dió pie con bola. En cuanto comenzaba el tanto, dábale á correr y á gritar, tropezaba con sus contrarios, daba cestazos al aire y parecía llevaba todo el peso del partido por lo mucho que se agitaba; hasta que en un 15, ó no sé si 30, una pelota fuertemente cortada por sus contrarios, dióle en mitad del rostro al meterse á bolea, haciéndole añicos los lentes, sangrar espantosamente por la borbónica nariz y dar con su cuerpo en tierra.

Que nuestro biografiado es modesto en grado sumo, lo demuestra el que á poco rato, recostado en el coche, todo compungido y con un acento de verdadera convicción, me decía que estaba segurísimo de haber hecho el tanto soberanamente. Procuré consolarle recordándole aquella magnífica larga, y por fin quedó conforme en que si no había hecho el tanto, por lo menos había estado muy desgraciado.

Otro de sus rasgos es sin duda su excesiva delicadeza; pónese fuera de sí, solamente á la idea de que alguien puede suponerse que él ha hecho un tanto en su vida. Porque es lo que él dice: «No porque

uno esté desgraciado un día, se va ya á suponer sin más datos que ha hecho un tanto.» Este santo horror al tanto honra extraordinariamente á nuestro biografiado.

Algunos desocupados dieron en decir que su revés era bastante sucio. Protestamos con todas nuestras fuerzas: el revés de nuestro biografiado es limpio, pero muy limpio. Adolfo tiene el revés tan limpio, por lo menos, y quizá más limpio que Portal.

Verdad es que detiene la pelota en la cesta cuestión de medio minuto; pero ¿es bastante motivo ese para llamar sucio á Adolfo? Y sobre todo, ¿no se juega á punta libre? ¿Qué quiere decir eso de jugar á punta libre? (Aquí, con mi característica franqueza, tengo que confesar que la misma pregunta hice yo á Adolfo.) ¿Qué quiere decir eso de punta libre? Y Adolfo me contestó: «Jugar á punta libre, equivale á decir jugar como á uno le dé la gana.» Y dada esta definición, ¿quién puede oponerse á que Adolfo detenga la pelota en la chistera el tiempo que le dé la gana, y hasta se suene antes de lanzarla, si así lo tiene por conveniente?

Pero no todas han de ser flores para nuestro biografiado, y aun á riesgo de perder su preciosa amistad, digamos que es codicioso, terriblemente codicioso. Cuando juega, todas las pelotas son suyas; dentro del escás del frontón no reconoce tuyo ni mío; el derecho de propiedad es un mito, y lo mismo grita, ¡mía! cuando se trata de pelota suya, que de las del compañero, que de las del contrario: se han dado casos.

Modérese el joven pelotari y con eso ganará mucho; conseguirá, jugando partidos de verdadero empeño, pero sin llevar él solo el peso del partido, adelantar en su carrera pelotarística, acrecentar su fama, verse entre los jugadores de primera fila, llegar á ser un delantero de buenisimas condiciones, y ser admirado y querido, el niño mimado, en fin, del público madrileño.

J. SÁNCHEZ Y SÁNCHEZ.

PENSAMIENTOS.

Si al ir hacia el frontón vieres volar á un cuervo, síguelo si lleva el mismo camino, y si no déjalo volar y sigue tú el tuyo.

QUEVEDO.

¿Se juega á la pelota en el cielo? ¿Cómo?

MILTON.

Hoy la tierra y los cielos me sonríen;
Hoy llega al fondo de mi alma el sol;
Aposté dos á ciento y he ganado;
¡Creo en Pedrós!

BÉCQUER.

Ganar es el paraíso;
Ganar con momio es el cielo;
Ser catedrático el limbo,
Serlo y perder el infierno.

M. DEL PALACIO.

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
Del aire transparente por la región azul?

.....Pues fastidiar á Lara suspendiendo el partido,
Porque el maldito reuma le hace á la gente el bú.

ZORRILLA.

De Vizcaya hemos venido
Sin temor á la derrota..... etc.

RAMOS CARRIÓN Y CHAPÍ.

En este juego traidor
Nada es verdad ni mentira;
Todo se ve del color
Del bando que gana el partido.

CAMPOAMOR Y YO.

Histórico.

¿Cómo ha podido EL PELOTARI dar la fachada de Beti-Jai sin estar éste todavía construido?

EL PELOTARI O.....
(A uno de nuestros redactores.)

EL AMOR Y LA AFICIÓN.

(CONTINUACIÓN.)

El vapor Z..... zarpó de Barcelona con rumbo á la República Argentina.

Entre los pasajeros de segunda clase encontrábase Perico en unión de sus camaradas.

—Si le diría yo á la madre cómo anda esta casa, la madre ni creer me haría—decía nuestro héroe á sus compañeros.

—Así es—decía otro;—tanto subir arriba y bajar abajo, nos hasemos que.....

—Aquí ya habrá aguas grandes—replicaba otro tercero.

—Ené como el torre de Iglesia de Marquiña ya serán, pues.....—añadía Perico.

—Otro lelo; ¿cómo van á ser, pues, como el torre?

—Ya lo creo.

—Yo no ser ningún inosente para creer eso.....

—Pregúntale, pues, al emariñero.

—Sí; ya le diré, pues.....

—Usted, emariñero; ¿ya te sabes tú si ser tan grandes estas aguas como el torre de Marquiña?—preguntó Perico.

—¡Yo qué cé cómo ez la torre de ece pueblo!—respondió el marino.

—¿Cuántos pies tendrá, pues, aquí abajo el agua hasta la tierra?

—Tantos como todos los pié de los hombres de ece pueblo de Marcuña, dezde nueztro pare Adán hazta er día; toos unos detrás de otros, y sin haberlos nunca cortao laz uñas.

—¡Este sí que trae exagerosidades!—dijo un pelotari en ciernes.

—¿Y muchos días hay que andar aquí para llegar á Americas?—interpeló Perico.

—Lo meno un mez.

—¡Cállate, Juan Crus!

—Ni me yamo Juan, ni tengo más crú que er no poder vé á una moreniya que me quié mucho, que eztá pirrá por mí, y que la dejé en Jaén ezperando que yo güerva del otro mundo pa yevala al altá, y que ayí nos eche la bendición el zeñó cura.

—¡Yo tamen ya pienso en casar!—balbuceó Perico.

—Dónde; ¿en Buenoz-Aire?

—No; en Marquiña.

—¿Pero hay argo que casar en Marcuña?

—¡Qué casar y ocho cuartos!

—Digo, hombre, ci hay conejo, perdices.....

—¡Qué leladas te dises! Me digo casar, casar con Mari-Juana.

—Oye, niño; ¿te vaz á cazar con dos?

—¡Qué con dos!

—Claro ez; con María y con Juana.

—No comprender tú. Mari-Juana es del mismo.

—¿Y quién ez er Mismo? ¿Ez argún otro moso de Marcuña?

—¡No comprender tú!

—Cí, hombre, ahora comprendo, tú te cazas con María y el Mizmo ce caza con Juana, ¿no ez ezo?

—Calla, lelo, no te andes con gromas.

—¿Y qué ez ezo?

—Que no te andes burlando aquí.

—¿Pué dónde quiés tú que me vaya ci de aquí no ce pué zalir?

—Bien; ya te he dicho yo que no tener ganas de gromas.

—Y yo te he conteztao que no ce con qué ce come ezo.

Hubiese tomado mal cáriz la cuestión entre el andaluz y el vizcaíno, si el capitán no hubiera llamado á aquél para ejecutar una maniobra.

Perico volvió á dirigirse al grupo de camaradas, muchos de los cuales empezaban á sentir los síntomas del mareo: comenzó varias conversaciones, pero á ninguna prestaban atención, pues el malestar les iba dominando; algunos subieron á cubierta, y Perico mientras tanto, ajeno al mareo, fuese á comer en un rincón un pedazo de pan y salchichón que en el bolsillo llevaba.

Aquel día, y muchos más, pasaron sin incidente alguno digno de mención, salvo algunas *chirigotas* que de vez en cuando dirigía el andaluz á Perico, muchas de las cuales no comprendía, otras aguantaba, y algunas á las cuales contestaba enseñando sus nervudos puños.

Por fin, una espléndida tarde de Octubre divisaron los pasajeros del Z..... el ansiado puerto.

El deseo de arribar era grande. El cansancio de un viaje tan largo les tenía aplanados.

Los noveles pelotaris, como todos los demás pasajeros, desembarcaron sin novedad, y encamináronse á sus respectivas casas ó fondas.

Perico y sus compañeros fueron acomodados á las órdenes del Intendente del frontón, en una confortable casa de huéspedes.

Lo primero que hizo el joven fué escribir á Mari-Juana. ¡Cierto es que se acordaba mucho de ella!

La afición al *sport* vasco en Buenos Aires era entonces grandísima.

Un pelotari era una institución.

Y por este camino sembrado de flores, llegó Perico á alcanzar mucha honra y mucho provecho.

Á pesar de esto y de verse halagado por todos, llevaba siempre grabado en su corazón un recuerdo que le atormentaba.

El recuerdo de Mari-Juana.

¿Correspondía ella?.....

Eso lo veremos más adelante.

PACHICO.

(Se continuará.)

NOTICIAS.

Aunque algo aliviado de la dolencia que padece el Sr. Peña y Goñi, no le ha sido posible estos días dedicarse á sus trabajos literarios, por no hallarse completamente restablecido.

En el número próximo continuará su estudio sobre «El Pelotarismo Moderno».

No es cierto que el pelotari Beloqui haya salido para Barcelona.

El maestro no ha pensado semejante cosa.

Es probable que el simpático zagüero renteriano Luis Samperio, haga este invierno un viaje á París para curarse el brazo. Nos alegraremos que el viaje tenga feliz resultado.

Según nuestras noticias, no se volverán á abrir las canchas de Barcelona y Valencia hasta la primavera.

Pronto tendrán los aficionados el gusto de volver á admirar á los distinguidos zagüeros Cosme y Tandilero.

Certamen de EL PELOTARI.

La semblanza de Portal que, por unanimidad del jurado, ha merecido premio, es la siguiente:

X.

Es Perico más bajo que alto de estatura, ancho de espaldas y pecho, piernas de elefante, casi cuadrado, musculatura de hierro; no hay pelotari que mejor resista los 50 tantos de un partido de lucha; posee buen revés, mejor punta, hermosa bolea y de castigo. Conceptuado hoy como el primer delantero, no tiene rival en saques; ¡tanta es la variedad de éstos y la fuerza del brazo! Su flaco es el juego de pared pequeña por la escasa flexibilidad del cuerpo; además es también algo pifiero, aunque no como cuando jugaba indistintamente en la zaga y en el dentro; á esta condición debió el renombre de ser el *non plus* para los partidos de desafío mano á mano; ahora que se ha dedicado á jugar de delantero exclusivamente, habrá perdido algo de su mérito, pero ha ganado en otro concepto.

BALTASAR.

El agraciado puede pasar á recoger el premio en esta Administración, á las horas de oficina.

Merecen especial mención, y serán premiadas con un trimestre de suscripción, las señaladas

con los números VI, XIII, XXII, XXIII y XXXIII.

Los interesados pueden pasar aviso de sus domicilios á la Administración, para servirles los números.

NUEVO CERTAMEN

Constará de tres premios: el primero de 15 pesetas, el segundo de 5 y el tercero de un semestre de suscripción, que se concederán respectivamente á la mejor definición del

Momio

todo lo más corta posible.

Sólo podrán optar á los premios los señores suscriptores. El plazo termina en el último número de Diciembre.

EL PELOTARI

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

SE PUBLICA LOS JUEVES

En esta revista (única en su clase y que, como el público tendrá ocasión de observar, está hecha á la altura de las mejores publicaciones modernas) colaborarán los más afamados escritores que existen en España, y contendrá fotografados y dibujos de artistas de reconocido mérito. Los precios de suscripción serán:

MADRID: Trimestre, 1,50 pesetas; semestre, 3; año, 6.—PROVINCIAS: Trimestre, 2 pesetas; semestre, 4; año, 8.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR: Semestre, 8 pesetas; año, 15.

Veinticinco ejemplares, 1,50 pesetas.—Número suelto, 10 céntimos.—Ídem atrasado, 25 id.

Los pagos, adelantados, en sellos de Correos, libranzas del Giro Mutuo ó letras de fácil cobro.—Las suscripciones comenzarán con el primer número de cada mes.—Se admiten suscripciones, Carmen, 12, Agencia de periódicos del Reino y del extranjero.—Agente para la venta de EL PELOTARI en Madrid, D. Remigio Quevedo, calle de la Abada, 23, tienda. Despacho central de *La Gran Vía*.

Anuncios á precios convencionales.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Plaza de la Independencia, 8, tercero derecha, de nueve á diez y de una á dos.

MADRID: 1893.—EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA», PASEO DE SAN VICENTE, 20.